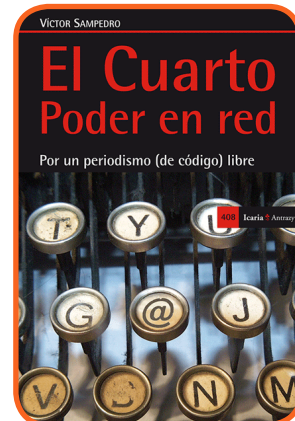


## El Cuarto Poder en red. Por un periodismo (de código) libre

Víctor Sampedro  
Barcelona: Icaria, 2014  
279 páginas

Guillermo López García  
[Guillermo.lopez@uv.es](mailto:Guillermo.lopez@uv.es)  
Universitat de València



Este libro de Víctor Sampedro supone una novedad en su fecunda (y, a pesar de su juventud, también larga) carrera académica: se trata de un texto inequívocamente divulgativo, pensado para difundirse en el campo social, más que en el específicamente académico. Un libro que bebe de fuentes diversas (en parte, proviene de la participación del propio Sampedro en diversos blogs y espacios de discusión, entre los que destaca el blog colectivo [PróPolis](#)), y que no oculta su deuda con el activismo social desplegado en torno a la libre difusión de informaciones y la oposición a los abusos del poder, del que el propio Sampedro ha participado activamente desde hace años, y más concretamente con el hacktivism, es decir, el activismo social desarrollado mediante el uso de las nuevas tecnologías, o al menos con su concurso fundamental. El activismo que busca ofrecer al público las ventajas asociadas con dichas tecnologías, escamoteándolas de los intentos de control, la instauración de monopolios informativos, por parte de los poderes públicos y privados.

En consecuencia con lo anterior, este libro nos habla de poder y de control. Ambas cosas se hallan inextricablemente ligadas. El poder sólo puede limitarse a través de diversas instancias de control: limitación de mandatos, elecciones, fiscalización de cuentas, reglamentación, organismos judiciales, ... Y, en lo que se refiere a la información, la capacidad de fiscalizar lo que hace el poder. De narrar los hechos con independencia, visibilizar a los poderosos y sus acciones a los ojos de la ciudadanía. Y, sobre todo, hacerlo a pesar de las intenciones del poder. Contra su voluntad.

Es decir, las funciones que tradicionalmente hemos asociado con el periodismo y los medios de comunicación. Con el buen periodismo y los medios de referencia, se entiende. Hoy, este papel de los medios está en crisis. Lo está porque los medios han dado la espalda a sus lectores y se han ligado, a menudo en una posición de absoluta postración, con los que antaño eran su objeto de vigilancia predilecto: el poder económico y, en algunos casos (el de España parece particularmente claro), también el político, a través de la concesión de publicidad institucional, ayudas más o menos encubiertas, concesión de licencias de radio o TV, ... El campo de favores es amplio, si

se cuenta con el apoyo de una facción del poder.

Pero, en el camino, los medios también se han dejado parte de su antiguo poder e influencia como intermediarios. Han perdido audiencia y, sobre todo, han perdido credibilidad. Se encuentran en un escenario comunicativo que cada vez tiene menos que ver con aquel del que provienen: un escenario hipertrofiado, controlado por unas pocas empresas de comunicación que dirigen sus productos desde arriba a gigantescas audiencias que los reciben pasivamente abajo. Como indica Sampedro: “El periodismo no daba cuenta de la realidad. Al contrario, creaba una ficción paralela. Blindaba a los actores sociales más fuertes y desprotegía a los más débiles” (pág. 10).

Los grandes medios, en cambio, conviven con un público capaz de ejercer activamente no sólo su derecho a acceder a la información, sino también a moldearla, redifundirla y a crear contenidos específicos; con un escenario mediático mucho más diverso e incontrolable, donde las fronteras (tecnológicas, jurídicas, geográficas) tienden a difuminarse; donde es cada vez más difícil reproducir el clásico escenario de control, en el que el poder envía su versión de los hechos al público a través de los medios y dicho público asume que los hechos son como se les están contando, pues no es fácil contrastarlos con otras fuentes.

Por el contrario, nos encontramos en un escenario en el que resulta extraordinariamente difícil mantener el secreto sobre cualquier asunto. Donde todo queda registrado y las tecnologías de observación y control nos ubican muy cerca de la pesadilla del panóptico de Jeremy Bentham; sólo que ahora el panóptico ya no sólo funcionaría para una parte de la población (los reclusos), sino para todo el mundo.

Es en torno a esta cuestión crucial donde se incardinan los contenidos del libro: sobre las tecnologías de vigilancia que el poder dispone para vigilar a toda su población (con el pretexto de protegerla) y las tecnologías de encriptación desarrolladas desde el hacktivismo como vehículo para garantizar el anonimato y el derecho a la privacidad:

En última instancia, la privacidad parece haber sido eliminada. El anonimato de las identidades digitales está en riesgo (...) Las caretas, que se exhiben en las cibermultitudes, están siendo sustituidas por perfiles digitales. Los macrodatos se cruzan con los historiales de compras con tarjetas electrónicas, con las afinidades ideológicas y religiosas, con las incidencias sanitarias, administrativas y policiales... Ni siquiera vislumbramos el poder que confiere esta información (2014: 91).

Y, en justa correspondencia, también habla sobre las filtraciones. Pero no las filtraciones interesadas, avisa el autor, generalmente consentidas y alentadas por el propio poder como válvula de escape, sino las filtraciones indiscriminadas de documentos que se ocultan a la luz pública porque muestran la verdad, la cotidianidad de la acción del poder... Y sus vergüenzas.

Sampedro se detiene a explicar tres casos en torno a los cuales se resumen perfectamente los contenidos del libro: los de Julian Assange, Bradley / Chelsea Manning y Edward Snowden. El primero es el líder de Wikileaks, la organización

que realizó (en solitario y también en coordinación con algunos de los medios más influyentes del mundo) sucesivas filtraciones de documentos secretos de empresas y gobiernos (en particular, el Gobierno de Estados Unidos) que han tenido un profundo impacto sobre la política de muchos países (sin ir más lejos, podemos establecer un hilo directo entre las revelaciones de Wikileaks y la Primavera Árabe). El segundo es un soldado de los marines de EEUU que filtró a Wikileaks los documentos que mostraban los desmanes de Estados Unidos en Irak y Afganistán, así como los cables del Departamento de Estado. Finalmente, Edward Snowden es un analista de sistemas especializado en seguridad informática que trabajaba para la NSA y que decidió desvelar cómo el gobierno de EEUU espiaba sistemáticamente a sus ciudadanos, a los dirigentes de otros gobiernos y, en definitiva, a cualquiera, a través de los registros de llamadas telefónicas y de actividad en Internet.

Los tres mostraron la genuina acción del poder, y pagaron un precio: Assange buscó asilo en la Embajada de Ecuador en Londres; Manning está recluido en una prisión de máxima seguridad; Snowden tuvo que exiliarse de su país. Pero también mostraron el potencial de lo que Sampedro denomina el Cuarto Poder en Red, como sustitutivo del periodismo tradicional y complemento indispensable del trabajo de los periodistas en el presente y el futuro más inmediato: las posibilidades que ofrecen las tecnologías digitales que permiten poner a disposición del público todo tipo de contenidos, distribuirlos y también editarlos y formatearlos para facilitar su acceso y consumo. Las enormes dificultades del poder para impedirlo; y la impotencia del periodismo tradicional para ponerse a la altura de un periodismo distribuido, protagonizado no sólo por periodistas, sino por hackers, activistas, especialistas y, en definitiva, ciudadanos comprometidos.

Un periodismo que Sampedro, mediante un préstamo explícito del lenguaje del software libre, considera que debería buscar el bien común, desarrollarse mediante código abierto (para propiciar su evaluación y seguimiento por parte de los ciudadanos), distribuirse libremente y elaborarse colaborativamente. Un modelo de periodismo que deriva, en definitiva, “de los tres rasgos que constituyen un sistema comunicativo propio de una sociedad red: bienes públicos, colaboración y globalización en positivo” (pág. 198).

El libro delinea con precisión los excesos del poder, las insuficiencias del periodismo y las posibilidades del Cuarto Poder en red. La lectura, que combina ese hilo general con la narración de iniciativas específicas relacionadas con el hacktivismo y la liberación de todo tipo de datos e informaciones disponibles para el público, abunda en reflexiones sugerentes para el lector e invita no sólo a pensar; también a actuar en pro de un modelo periodístico-informativo que supere el pretendido monopolio de los medios convencionales y los periodistas profesionales y asuma que éstos han de convivir con la ciudadanía a través de instancias muy diversas; en pro del bien común.